

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Ecumenismo del Espíritu [Ecumenism of the Spirit]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Álvarez, Carmelo
Publisher	Red Latinoamericana de Estudios Pentecostales-RELEP
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-04-19 01:47:09
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/152386

Ensayo 8:

Juan Jacobo Tancara*
(Bolivia)

«Para mí sea la misericordia y para Él la honra y la gloria»: Apuntes sobre Dios y el ser humano en la fe pentecostal

“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1 Jn. 3:12).

“¡Y no supieron amar a Dios más que crucificando al hombre!”
Friedrich Nietzsche

Introducción

Sostuve una breve conversación con un pastor evangélico pentecostal.¹ Hablábamos sobre la reivindicación del ser humano en un mundo dominado por la injusticia y la falta de solidaridad. El tema de la reivindicación humana, la lucha de las personas por mayor dignidad y mayores posibilidades de vivir (de vivir mejor), nos llevó al tema de la “salvación del ser humano”.

* Interesado por la teología y la filosofía latinoamericanas. Se dedica al estudio del pentecostalismo en el contexto de las periferias urbanas y andinas. Convivió por muchos años con comunidades pentecostales de la ciudad de El Alto (Bolivia).

¹ El pastor ha sido miembro de la Iglesia del Nazareno en Chile y Bolivia, luego uno de los iniciadores de la Iglesia de Dios de la Profecía en Chile. Actualmente es pastor de una iglesia local de esta denominación.

Concordamos en la necesidad de ser salvados de la maldad del mundo y de nosotros mismos, pues, nosotros estamos en este mundo y tenemos que ver con su miseria.

Por mi parte le dije que no debemos sólo condenar al ser humano, sino ver también sus esperanzas y las acciones que hace para mejorar el mundo. Los seres humanos, en definitiva, le señalé, también participamos de nuestra salvación, al practicar la justicia, la solidaridad, la equidad, aunque sea en un espacio pequeño. Nuestras luchas a favor de la vida y la resistencia a las amenazas de la muerte (de) muestran nuestra participación en la salvación.

Mientras hablaba, mi interlocutor arrugaba el entrecejo. De pronto me interrumpió con vehemencia, diciéndome que “sólo Cristo salva, pues nadie más que Dios puede sacarnos de la injusticia y del mundo malo que hemos construido”. Al parecer, le molestó mi demasiada confianza en el ser humano. Me hizo ver que en lo referente a la salvación humana, las personas no pueden hacer otra cosa sino confiar en Dios, es decir, el ser humano no puede contribuir a su propia salvación, pues, todo lo hace Dios. Si el ser humano hace algo es porque Dios lo hace a través de él.

Yo quise aclarar lo que dije, no me lo permitió, más bien emprendió una impetuosa crítica a todo intento de salvar al hombre y la mujer con las mismas fuerzas humanas. Confrontó todo tipo de pensamiento que busca justificar al ser humano prescindiendo de Dios. Su crítica se fue convirtiendo en una ofensiva a todo discurso y práctica que diga que el ser humano vale algo por sí mismo o sin Dios. Según él, ningún pensamiento y ninguna práctica que engrandezca al hombre merecen ser tomados en cuenta, el camino para un mundo mejor no son los humanismos (pues entendió mi postura como un “humanismo”), sino “sólo Dios”. “En consecuencia –enfaticó– las cosas irán mejor cuando el ser humano se humille ante Dios y engrandezca sólo a Dios, pues Dios es el único que debe ser glorificado. Es en la gloria de Dios que el ser humano se realiza”. Queriendo dar el asunto por terminado me dijo que Dios es el fin de todo lo creado: todo lo que respire alabe a Jehová (Sal 150), y que el ser humano, en tanto criatura, ha sido puesto en la tierra para darle gloria y honra a su Creador.

Pienso que este argumento del pastor muestra no sólo un contenido innegociable de la fe pentecostal, sino además el fondo de la doctrina pentecostal sobre Dios y el ser humano. Toda justificación y obra humana que prescindan de Dios está desacreditada de antemano, puesto que “sólo en Dios, y no en el ser humano, hay salvación”.

Sin embargo, más allá de esta afirmación ¿dogmática?, es digno destacar, como quería aclararle al pastor, que las personas pentecostales

para trabajar, luchar, soñar o construir apelan a fuerzas y esperanzas muy humanas, a las que ellas mismas tienen. No lo hacen de manera directa, sino a través de Dios. “En el nombre de Dios” o “de Jesucristo” realizan prácticas comunitarias donde se humanizan y humanizan a la comunidad. En ningún momento dejan de dar un testimonio de lucha y fe. Es así como redescubren su tremenda potencialidad, creatividad y fuerza, que animan a confiar en el ser humano y, por ello, en Dios.

En este texto enunciaré algunas ideas en torno a la pregunta por el ser humano y su relación con Dios en la fe pentecostal. Intento comprender ese ¿dogma? que se presenta bajo la fórmula: “sólo y exclusivamente en Dios hay salvación” y algunos de los dispositivos que implica.²

“Sólo en Dios hay salvación” (digresiones dogmáticas)

El “sólo en Dios...” desecha toda esperanza en las fuerzas humanas para la salvación del ser humano. “Sólo en Dios...” quiere decir que nuestra confianza está depositada completamente en Dios, ante el cual el ser humano en sí mismo no vale nada: “nada de lo que el ser humano hace y hará lo podrá salvar”.

1. Pecado y salvación

La culpa de que “nada vale” la tiene él mismo, por ser pecador. Hay personas que no tienen una vida que se pueda reprobar, incluso sus hechos muestran que son honradas y solidarias, ellas, sin embargo, si no se “convierten” están condenadas igual que otras que cometen grandes males. El pecado no es sólo cometer delitos sino también el no reconocer a Cristo como Señor y Dios. Así tenemos dos dimensiones del pecado en la fe pentecostal: a) las malas obras propiamente y b) el orgullo y la soberbia por no reconocer a Cristo como Dios, Salvador y Señor: “puedes ser muy bueno, hacer grandes obras de misericordia, pero si no reconoces a Cristo como Dios, como Salvador y Señor de tu vida, estás perdido de todas formas”.

² Mi experiencia pentecostal viene de mi participación en la Iglesia de Dios de la Profecía (Arica, Chile), Iglesia de Cristo Pentecostal Boliviana, Iglesia de Dios en Bolivia, Misión Pentecostés de Bolivia y varias iglesias pentecostales en Bolivia autodenominadas “independientes” (por “independiente” entiendo que no están afiliadas a denominaciones provenientes del extranjero ni con iglesias nacionales reconocidas por el Ministerio de Culto).

El ser humano es un ser que siempre tiende al mal porque el pecado es una herencia. Hemos heredado del primer hombre y de la primera mujer el pecado, y por ello, la muerte (Ro. 3:23). El pecado que cometemos en concreto, sólo es una prueba de que estamos hechos de pecado: “somos pecadores por naturaleza”.³ Frente a ello no podemos hacer nada sino aceptar nuestra derrota: “reconozco que soy un perdido pecador”, y que nada podemos hacer para remediarlo, es decir, no podemos salvarnos por cuenta propia, quedándonos como única alternativa el “aceptar a Cristo” (Hch. 16:31).

Si las buenas obras no salvan, tampoco las malas de por sí condenan, un malhechor puede convertirse a Cristo y puede también salvarse. Aquí no hay injusticia, sino justicia divina, pues, el punto es que ante los ojos de Dios todos los seres humanos tienen la misma condición de pecadores y todos por igual pueden salvarse: el más grande criminal puede salvarse si reconoce a Cristo como su Salvador. Pero, como se verá más adelante, no basta con reconocerlo, es necesario “hacer su voluntad”, “seguirlo”.

Sólo Cristo nos justifica antes Dios por nuestros pecados, no importando si antes de “recibirlo en nuestro corazón” hacíamos buenas o malas obras. Quien hacía buenas obras puede seguir haciéndolas, quien hacía las malas “ya no debe seguir pecando” y comenzar a hacer las buenas (Jn. 8:10-11; Ro. 6:1-14). Pero las obras no son lo que importa en último término, sino de cuán fieles somos a Cristo, es decir, de cuánta gloria y honra podemos darle, de cuánta devoción tenemos para con Él.

Tengo la impresión de que en la fe pentecostal no son, en el fondo, las obras lo que cuentan, sino el “aceptar y recibir a Cristo”. Las buenas obras vienen como consecuencia de la salvación. No se puede ser creyente y hacer malas obras. Por supuesto, que la persona “conversa” no es inmune al pecado, pero sus pecados ya no son grandes males, sino “caídas” o “pruebas” que le ayudan en su “crecimiento espiritual”. Si cometiera grandes males: asesinato, suicidio, violación, sería prueba de que “jamás se convirtió de verdad”. En definitiva, las buenas obras son el fruto del Espíritu (Ga. 5:16-26) que la persona cristiana da si realmente se ha convertido.

El “aceptar a Cristo”, “recibirlo como Salvador”, el “tenerlo morando en el corazón” no es lo único, pues luego de ello viene la santificación, donde es fundamental el bautismo del Espíritu Santo (Hch. 2:1-13). El Espíritu siempre ha estado interviniendo en la vida de la persona que se ha

³ Se cita frecuentemente, entre otros textos, la Carta de Pablo a los Romanos: Ro. 1:18-32

“convertido”, pues sin Él no hubiera siquiera escuchado el evangelio, sin embargo, cuando el Espíritu la bautiza se manifiesta plenamente en su vida. A partir de ahí, interviene y participa de manera más activa en su vida y dentro de su ser. El Espíritu estuvo antes en la vida de la persona, pero ahora está con todo su poder (Hch. 1:8). El Espíritu se posesiona en la persona creyente dándole una nueva vida. El cambio de actitud y de carácter, el cambio de vida hacia una vida cristiana regenerada, se deben al Espíritu.

Teniendo a Cristo y al Espíritu, el ser humano ya es salvo. Las obras son complementarias a esta salvación. No dejan de ser importantes porque son la prueba de que la persona se ha “convertido de verdad”, pero no definen propiamente la salvación de la o el converso. Cristo es quien la define, con su muerte y resurrección.

En efecto, Cristo puede salvarnos porque resucitó. Si Cristo no hubiera resucitado vana sería nuestra fe (1 Co. 15:17), todo sería una farsa. Es la resurrección de Cristo la que da seguridad que la salvación es real y que las enseñanzas sobre el pecado y la salvación tienen fundamento.

Pero la justificación de Cristo no es gratis, Cristo murió por nosotros y es con su muerte, con su sangre, que nos justifica. En otras palabras, Cristo “paga la deuda por nuestros pecados”, “somos comprados a precio de sangre”. Al pecar, nosotros hemos ofendido a Dios y le debemos, Cristo paga esa deuda que nosotros tenemos con Dios y nos justifica.⁴

⁴ Aquí está presente la “teología de la satisfacción” de San Anselmo (1033-1109). Tal teología señala la culpabilidad del ser humano por haber destruido con su pecado la ley y el orden divino. El ser humano con su pecado ofende a Dios, no le da la honra que se merece. Al pecar hace la guerra a Dios y le roba. Por ello se convierte en un ser injusto. Su pecado incluso le hace resistir la ley de Dios y devela así su soberbia y orgullo. Dios quiere que su criatura restituya su ofensa, por eso ella debe pagar. Según Anselmo, la justicia de Dios es no perdonar la injusticia del ser humano. El ser humano es injusto y si Dios le perdona estaría fomentando la injusticia, lo que resultaría contradictorio a su naturaleza divina que es ser justa y legal. Siendo Dios un juez justo no puede tolerar la injusticia del ser humano pecador. Por eso lo justo para Dios es compeler al ser humano que pague. Lo justo para Dios es que se cumpla el imperativo de su justicia. Aquí la justicia de Dios no tiene que ver con la misericordia, sino con el cumplimiento de la ley y el orden. Anselmo concibe la misericordia dentro del marco de la ley.

El ser humano no puede pagar la deuda por su pecado porque es pecador por naturaleza. Así, su deuda es impagable. Como una solución a esto, Cristo, en su infinito amor, ofrece pagarla. Sólo la sangre de Cristo puede perdonar una deuda impagable. Dios no se opone a este sacrificio, lo acepta. No obliga a su Hijo a morir,

En resumen, para salvarse de la condenación del pecado, todos los seres humanos deben “aceptar a Cristo” porque todos están “manchados por el pecado” desde su nacimiento.⁵ El pecado les lleva cautivos a cometer malas obras y a ser orgullosos. Aquí ser un humano es sinónimo de ser-pecador.

El ser humano autónomo, sin Dios, nada vale; sólo con Dios puede alcanzar su salvación. Que “puede alcanzar su salvación” significa que se salva siempre y cuando obedezca a Cristo, sus mandamientos y su ley.

2. La ley de Cristo

El ser humano es un pecador, si no acepta a Cristo está perdido y su vida no tiene significado. Si lo acepta debe vivir según la “ley de Cristo” (1 Co. 9:21). Vivir “según la ley de Cristo” significa cumplir normas morales que aseguran las relaciones con hermanos y hermanas de la fe, con el mundo (buscando mantenerse alejado de sus influencias indecentes) y la fidelidad a la iglesia.

Estas normas en muchos casos llegan a ser muy rígidas, tanto así, que incluso quitan la libre decisión de las y los miembros, que sienten que llevan en sus hombros una carga muy pesada. Además, se prestan para que unos humillen a otros o para que algunos se consideren mejores que el resto: competencia por saber quién es más santo.

Las normas son herramientas que la comunidad usa para asegurar el

pero recibe su muerte para satisfacer la justicia que demanda.

Cristo puede pagar la deuda impagable en lugar del ser humano porque muere como ser humano, su sangre satisface la demanda de Dios y puede hacerlo porque es a la vez Dios. Sólo Dios Hijo puede satisfacer la justicia de Dios Padre. Pero con este sacrificio el ser humano no se salva de pagar deudas, pues debe imitar a Cristo y pagar también todas las deudas que tiene. Así, pueden apelar a este crédito quienes aceptan a Cristo imitando y pagando la deuda como Él lo hizo. Ser cristiano, en definitiva, es estar dispuesto a cumplir el pago de deudas y cumplir la ley (divina) aun a costa de la vida, como lo hizo Cristo. Para Anselmo Dios está lleno de ira, la misma que los seres humanos pueden aplacar a precio de sangre. (ver F. Hinkelammert, *Sacrificios humanos y sociedad occidental. Lucifer y la bestia*. San José: DEI, 1998, 3a. edición, 69-86; J. A. Estrada, *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*. Madrid: Trotta, 1997, 147-152.

⁵ Este Salmo inspira tal creencia: “He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5).

bienestar de sus miembros, pero he visto que hermanos y hermanas las usan para sustentar legalismos que quitan la libertad de conciencia a las personas. Las cosas se invierten: lo que era un medio se convierte en un fin y el gran perdedor es el ser humano concreto, pues es sacrificado a normas. Incluso he presenciado cómo la misma comunidad (o iglesia local) es sacrificada a normas de la iglesia-institución.

Una de las razones del legalismo tal vez puede explicarse por esa enseñanza de que “la salvación se pierde”. En las iglesias pentecostales donde participé la gente piensa que nadie tiene asegurada su salvación, depende cómo uno se comporte como cristiano. Uno puede “volver al mundo” o “descarriarse”, por lo que no se puede saber si un creyente finalmente se salvará. Depende mucho del cumplimiento de normas. El acatamiento de normas prueba si la persona se ha “convertido de verdad”.

Aquí la ley es como un examen, si se la cumple es prueba que la persona ya es salva, si no que aun está en peligro de perderse y condenarse. Como no se puede cumplir la ley a la perfección, plasmarla se vuelve una cotidiana batalla, donde constantemente se pierde y donde infatigablemente hay que pedir perdón a Dios y humillarse.

Las normas no siempre se presentan como códigos, ni siquiera se usa la palabra “norma” o “ley”, muchas veces es encubierta con la idea de “hacer la voluntad de Dios” o “sujetarse a lo que Dios quiere”. ¿Qué significa “sujetarse a Dios”? Pienso que se refiere a obedecer sus mandamientos, es decir, sus normas divinas.

Esta obediencia se la presenta de manera radical: “hay que obedecer a Dios sobre todas las cosas, cueste lo que cueste”. Esta enseñanza es reforzada con la enseñanza de Jesús cuando dijo: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26-27).⁶ O con el ejemplo de Abraham (el padre de la fe) quien –según la interpretación pentecostal– fue tan obediente a Dios que estuvo dispuesto a matar a su propio hijo (Gn. 22:1-17). Obedecer a Dios ante todo, ese es el mandato⁷ (Hch. 4:19).

⁶ En el Evangelio de Mateo se lee: “El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí (Mt. 10:37-38).

⁷ Esta radicalidad queda muchas veces en discurso, la práctica muestra que no se puede ser tan rígido. En todo caso, es como un impulso para mantenerse prestos o despiertos para no cometer “pecados” o para no dejarse “seducir por el mundo”.

¿No se predica acaso que la salvación es por gracia y no por cumplir normas? En efecto, pero la gracia, según el pentecostalismo en el que he participado, no es sinónimo de “libertinaje” o no es una condición en la que uno puede hacer lo que mejor le parezca⁸, uno no puede guiarse a sí mismo, menos declarar libertad de conciencia, uno tiene que estar en “la libertad que Cristo nos da” (Ga. 5:1), cumpliendo sus enseñanzas, sus disposiciones o sus mandamientos.

¿Se podría decir, pese a lo contradictorio que parezca, que las normas son necesarias para asegurar la gracia de la salvación? Mi experiencia pentecostal es que la gracia no es gratis, pues debemos estar pendientes, cumpliendo normas (morales), para no perder la salvación.⁹ Repito, esto se hace (o se intenta hacer) en la práctica, aunque no se maneje la idea que uno está cumpliendo “normas”, o no se use la palabra “norma”.

La salvación no es por buenas obras, es por gracia. Pero que sea por gracia depende que “aceptemos a Cristo como Señor, único y suficiente Salvador” y acatemos su ley. De tal forma, la salvación no está al alcance de todas las personas, para obtenerla debemos primero reconocer nuestra naturaleza pecadora y enseguida aceptar a Cristo como Salvador y someternos

Hay que estar siempre prestos, pues Cristo puede venir en cualquier momento y hallarnos en pecado. Apoyo bíblico para ello está en la “Parábola de las diez vírgenes” (Mt. 25:1-13) que debían esperar al esposo con sus lámparas encendidas. Cinco de ellas eran prudentes y tomaron consigo aceite para sus lámparas. Las otras cinco eran insensatas y no se proveyeron de aceite. A la medianoche vino el esposo, las que tenían aceite entraron con él a las bodas, las que no, fueron a comprar, pero la puerta se cerró y cuando regresaron no pudieron entrar... No se sabe cuándo vendrá Cristo por eso es necesario estar preparados/as con aceite en nuestras lámparas. Si somos insensatos/as nos quedamos fuera y perderemos nuestra salvación.

⁸ Me pongo a pensar si en ¿nuestras? mismas sociedades, que muchos reconocen como democráticas y liberales, las personas hacen lo que les parece. Uno siente que es preso de leyes, estructuras, sistemas socioeconómicos, instituciones; presa del mercado que se totaliza o del Estado que está en manos de una clase gobernante. Desde que nacemos somos metidos a una especie de prisión. Quienes intentan afirmar su libertad son vistos como “desadaptados”.

⁹ El instituto pentecostal donde estudié mis primeros cursos de teología, el pastor que daba el curso de Soteriología nos enseñó que la salvación se pierde. Nos decía que uno puede ser cristiano toda su vida y caer al final, de viejo, e irse al infierno. El temor al infierno, dicho sea de paso, era uno de los principales impulsos para seguir en la iglesia y para obedecer a Dios y a su siervos (pastores).

a Él: “reconoce que eres un pecador y acepta a Cristo como tu Salvador y obedécele”. En otras palabras, sólo quienes hagan esto (en una iglesia cristiana) serán salvos.

Sólo Dios mediante Cristo provee salvación, fuera de Él no hay salvación alguna. ¿De qué nos salva Cristo? De la perdición en este mundo, de nosotros/as mismos/as que somos orgullosos/as y pecadores/as por naturaleza y de la perdición eterna que nos sobrevendrá si no nos convertimos en cristianos/as.

La sangre de Cristo nos redime, “nos lava y limpia de nuestros pecados”, de los pecados veniales cometidos por nosotros, y nos salva de nuestra naturaleza pecaminosa. Aunque esto no signifique, repito, que estemos inmunes al pecado o que dejemos de pecar. Se peca, pero ese pecado futuro ya está perdonado por la sangre de Cristo: “Cristo murió por los pecados de toda la humanidad, sin excepción”; murió por quienes vivieron antes de Él y por los que vivimos después, incluso murió por los que nacerán mañana.

Tal vez para algunos/as hermanos/as pentecostales sea placentero cumplir la ley de Dios o de Cristo, pero para muchas personas, según he podido notar, es una ley, es decir, un peso gravamen como las que imponían los fariseos al pueblo de Israel, haciendo de las personas seres miserables (Mt. 23:1-36; Mc. 12:38-40; Lc. 11:37-53; 20: 45-47).

Como puede que pierda su salvación y como es imposible dejar de pecar, la persona creyente debe constantemente humillarse ante Dios. La ley o los mandamientos de Cristo exigen constante corrección, incesante santificación, llevar “la pesada carga de la cruz de Cristo” en todo tiempo y lugar. Se trata de un permanente afán por cumplir los mandamientos. He constatado que todo esto produce ansiedad en muchos/as hermanos/as pentecostales.

3. “¿Quiénes somos delante de Dios?” (el ser humano y su resurrección)

Hay una parte de un Salmo que las personas pentecostales citan con frecuencia, que también refleja lo que ellas piensan del ser humano: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Sal. 8:4).

El salmista se asombra de las grandes obras de Dios, del cielo, las estrellas, y a la vez de la pequeñez del ser humano (hecho “poco menos que los ángeles”). Pero más se maravilla que pese a su pequeñez Dios lo ha coronado de honra y gloria al hacerle señorear sobre toda su creación (Sal. 8:6-8).

La fe pentecostal interpreta esta idea del salmista en dos sentidos: a) el ser humano sin Dios no vale nada y b) con Dios puede tener poder y señorear sobre toda la creación. Al parecer esta pequeñez no es tan insignificante: el ser humano está, ni más ni menos, a continuación de los ángeles (para las personas pentecostales los ángeles son representantes de Dios), es decir, sobre todo el resto de la creación.

Atreverse a estar sin Dios es la ruina para el humano. No apelaría a la misericordia de Dios, ni a su protección, estaría a merced de quienes buscan dañarlo: “Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo” (Sal. 22:6). Exclusivamente con Dios, por su misericordia, el humano puede dejar su condición de gusano.

“... un gusano que se arrastra”

Cuando escucho las predicaciones y las enseñanzas en las iglesias pentecostales, tengo la impresión que el ser humano está humillado ante Dios. No quiero decir que simplemente está en una actitud de humildad (como lo está el salmista debido a una prueba que le ha sucedido) sino que está humillado, es decir, derrotado, apabullado, temeroso del castigo que le puede venir.¹⁰ Tiene que negarse o renunciar a sí mismo si en verdad quiere salvarse, tiene que empujarse para que Dios crezca en él.¹¹

¹⁰ Lo he podido constatar recientemente en hermanas pentecostales de Arica con quienes estamos estudiando la Biblia. Ellas afirmaban que durante gran parte de su vida cristiana, hasta hace poco, habían temido el castigo de Dios e ir al infierno. Antes que ver a Dios como alguien misericordioso, compasivo o como un amigo, lo habían visto como un juez severo e implacable, que tiene el poder para mandar al infierno a quienes son infieles, a quienes no van a la iglesia o no se someten a los líderes, o que cometen alguna falta.

¹¹ El pasaje bíblico (o parte de él) que sustenta el vivir para Dios y no para nosotros es la que Pablo escribe a la iglesia de Galacia: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí (...)” (Ga. 2:20). La fe pentecostal la interpreta como una preocupación total por agradar a Dios, no importando el precio. Por eso que la vida cristiana se convierte en un permanente sacrificio: es necesario padecer como Cristo en la cruz, y ningún padecimiento nuestro es como el de Cristo, por eso nada es suficientemente sufrido. Así, cualquier padecimiento siempre es “insignificante” si se lo compara con la crucifixión de Cristo. “Cristo murió por ti, ¿qué haces tú por Él?; te quejas de cuanto sufres, pero Él no se quejó en la cruz, la aceptó por amor a ti”. Ante tal expresión de “amor” no queda sino padecer contentos, sabiendo que Cristo padeció peor a causa de nuestros pecados.

Cuando la persona se convierte a una iglesia pentecostal, no sólo tiene que dejar sus vicios y mejorar sus actitudes y carácter, sino que debe comenzar una vida íntegra de adoración, alabanza y dependencia de Dios, como dijimos, debe estar “sujeto a Dios”. Algunos pastores y algunas pastoras recalcan que dejamos de ser esclavos del mundo y del diablo cuando nos convertimos, pasamos a ser esclavos y esclavas de Dios.¹² Dios es el amo del ser humano, está por sobre el ser humano y el ser humano es un “gusano”, su gusano: “ante los ojos de Dios no somos nada, apenas un gusano que se arrastra” (Job 25:6; 7:25; 21:26; Is. 14:11).

El filósofo Nietzsche –quien ha influenciado a muchas personas cristianas y no cristianas en Latinoamérica con el más radical y polémico de los humanismos– dijo del ser humano que es la parte intermedia entre el gusano y el superhombre.¹³ Y tenía razón en parte: el ser humano ha dejado de ser un ser natural dependiente de la naturaleza o de amos que se enseñorean de él acabándolo, ha trascendido hasta cierta parte su condición de gusano, y se proyecta hacia su plenificación: un hombre nuevo, libre, autónomo, soberano,

Dios es primero y nosotros siempre nos postergamos. Desde un punto de vista, se puede decir que la ética es más importante que la estética, la ley pesa más que el placer. La estética, entendida como una preocupación por nuestro cuerpo, es vista como una actitud mezquina, egoísta, como el pecado de la sensualidad, por eso las hermanas deben cubrir sus cuerpos, ponerse falda “hasta los tobillos”, no arreglarse el cabello (1 P. 3:3), en fin, la represión del cuerpo en el cristianismo tiene ya una larga tradición y el pentecostalismo que conocí se suscribe en muchos aspectos a ella.

¹² La base bíblica está en lo dicho por el apóstol Pablo en 1 Co. 7: 22 (Ro. 6:16-18). Hasta ahora todos los seres han dado de sí algo superior a ellos; y vosotros, ¿queréis ser el reflujo de ese gran flujo, y volver a la bestia mejor que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Pues eso es lo que debe ser el hombre para el Superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa.

Habéis recorrido el camino que media desde el gusano hasta el hombre, y aun queda en vosotros mucho de gusano”, en: F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (un libro para todos y para nadie). Buenos Aires: Editorial Tor, 1941 [1891], 7; *El Anticristo, maldición sobre el cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1993 [1896].

¹³ “Yo os anuncio el Superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?”

en fin, más humano, ¿un superhombre?¹⁴

Para los pentecostales el ser humano es todavía un gusano, y su plenificación no es posible por ningún lado sino, como hemos visto, mediante Dios. Es Dios quien plenifica al ser humano, el ser humano por sí mismo no hace más que perderse y degradarse.

Nietzsche diría algo contrario a esto, que más bien es el mismo ser humano quien, justamente prescindiendo de Dios, más aun, eliminándolo de su vida y tomando en consecuencia su lugar, se salvará o alcanzará su plenificación. Dios para Nietzsche perjudica al ser humano, justamente porque lo empequeñece, lo gusanea. Y el ser humano es evidentemente un gusano porque acepta este trato despótico de Dios. No necesitamos a Dios para ser nuevas criaturas, diría el controvertido filósofo alemán, sino con nosotros es suficiente.¹⁵

Tal afirmación nietzscheana o tal razonamiento de donde provenga (pues hay varios que se le parecen), sería visto como blasfemia por las personas pentecostales (y por el cristianismo evangélico en general). Es inaceptable hablar de autoliberación del ser humano en el mundo pentecostal. El ser humano no puede —¿o sería mejor decir “no debe”?— salvarse por sí mismo, necesita sí o sí a Dios. ¿Por qué esta cerrazón, al menos explícita, a las poderosas fuerzas y creatividad humanas? ¿Por qué las personas pentecostales no confían en el ser humano, ni en sus promesas ni en sus obras? La pregunta también puede ser planteada de otra forma: ¿por qué las personas pentecostales confían sólo y exclusivamente en Dios, sin dar lugar al ser humano?¹⁶ Muchas de ellas ni siquiera dan lugar a otro/a hermano/a pentecostal muchos menos al prójimo (próximo) o al semejante: las otras personas para ellas valen en tanto “aceptan a Cristo” y comparten una fe y una visión del mundo similar a la que tienen, o en la medida que son potenciales creyentes (no estoy generalizando sino viendo tendencias en mi contexto).

La respuesta tal vez sea que el ser humano es un ser insignificante, acongojado, débil, triste, demasiado pequeño como para salvarse a sí

¹⁴ Pienso en el Nietzsche de Así hablaba Zaratustra y considerando la interpretación que hace de él R. Alves en su libro Hijos del mañana. Imaginación, creatividad y renacimiento cultural. Salamanca: Sígueme, 1975 [1972].

¹⁵ Me refiero a la obra póstuma de Nietzsche: El Anticristo, maldición sobre el cristianismo.

¹⁶ El dicho popular: “ayúdate que Dios te ayudará” no tiene validez para la fe pentecostal. Para un o una pentecostal vale el: “nadie puede ayudarte sino sólo Dios”.

mismo; que sus obras han resultado catastróficas, han creado organizaciones socioeconómicas, en fin, mundos que han producido injusticias y muertes. El ser humano no es digno de confianza. Siendo el humano un gusano, la confianza sólo puede estar en Dios.

4. Humanismos y humanos: pesadillas e infiernos

La reprobación del ser humano, considerarlo gusano, tiene algo de verdad: no ha evolucionado hasta hacerse más humano, sino se ha convertido en una bestia, como las que se describen en el libro de Daniel (Dn. 7:1-13), o como las del libro del Apocalipsis (Ap. 13). A modo de ejemplo, si se habla de la bestialidad humana es suficiente mirar lo que ha sido el siglo XX, con sus guerras, genocidios, imposiciones económicas criminales que han empobrecido a los países dependientes, o a las dictaduras latinoamericanas. Para nosotros, quienes descendemos de pueblos originarios de Abya Yala, la colonización sangrienta desde el siglo XVI. Pero no sólo el siglo XX está manchado con sacrificios y sangre, hoy mismo vemos cómo se está exterminando a miles de personas en África o en medio oriente.

Lo más curioso es que las más grandes atrocidades en contra del ser humano se las hace a nombre de la humanidad: a nombre de los Derechos Humanos se violan los derechos humanos de las personas concretas; a nombre de la paz se hace la guerra, más paz demanda más guerra. Quizás por esto algunas personas, como las pentecostales, no quieren oír las palabras: “humanidad”, “humanización” o “humanismo”, porque remiten a los proyectos modernos que han negado y destruido al ser humano de carne y hueso; hacen pensar en las bestias que han dominado y destruido el mundo.

Lo mismo pasa con el nombre “Dios”, se lo usa para justificar abusos y crímenes, ejemplos de ello hay muchos en la historia, creo que la lectora o el lector bien los puede recordar. En el mundo pentecostal, cuando se pregunta ¿por qué somos pobres? la respuesta muchas veces es: “porque Dios así lo quiere, hay un propósito”. O cuando las mujeres son marginadas y maltratadas de diferentes formas, se dice que ella “debe someterse al marido” (Ef. 5:22-23, 1 Co. 11:3,7,11; 1 Tm. 2:8-12).¹⁷ Si bien la persona pentecostal

¹⁷ Mi hermana contribuyó muchos años a la Iglesia de Dios de la Profecía en Arica, dedicó mucho tiempo para consolidarla, hacía de todo: vender “completos” (hot

se cuida de la idolatría expresada en otras religiones, convierte en norma y ley sus propias creencias, avalándolas en nombre de Dios. He visto que incluso varones usan el nombre de Dios para seducir al sexo opuesto y para encubrir irregularidades económicas, disimular el manejo del poder despótico en las iglesias o para respaldar decisiones arbitrarias. ¿Será que Dios es el garante de todo esto y de reglas rígidas y abusivas? He visto peleas vergonzosas por el poder, agresiones físicas y verbales funestas, y los contendientes decían siempre estar “con Dios” o “apoyados por Dios”. En estos ejemplos y en otros, que también la lectora y el lector puede agregar, Dios es manipulado a gusto.¹⁸

He compartido estos desencuentros de la fe con hermanos o hermanas de la fe y la respuesta que he recibido es: “Hermano, el humano te puede fallar pero Dios nunca falla”. Otra vez, el ser humano está desacreditado y Dios ¿dónde está? Es el ser humano quien falla, quien tiene la culpa, Dios no tiene nada que ver con peleas y conflictos. El ser humano es el problema. Incluso alguien me citó el siguiente versículo: “Maldito el hombre que confía en otro hombre”.

Karl Barth también negaba la autojustificación del ser humano.¹⁹No era para menos, pues los proyectos humanos que prometían un futuro mejor, o el paraíso, se habían convertido en infiernos. Era su contexto desde donde pensaba a Dios. Guerras y genocidios en Europa no podían causar ninguna esperanza en las fuerzas y en los ejércitos de los hombres, por eso Barth opta por Dios, hasta diríamos, de manera vertical. ¿Será una visión parecida la que tienen las personas pentecostales?

En fin, viendo lo negativo que ha resultado nuestra historia (la historia

dogs), predicar en la calle, asumir el liderazgo por falta de pastores. Hizo todo ello muchas veces incluso a costa de su familia, pero jamás fue valorada como sí se valoraba y por mucho menos a los varones que llegaban a Arica a pastorear por periodos cortos. Estuvo al frente de la iglesia en Arica en varias oportunidades, pero nunca se le permitió de manera oficial ser pastora. Está demás decir sobre el machismo que aún impera en nuestras iglesias pentecostales y en muchas familias que son parte de ellas.

¹⁸ No quiero “hablar mal” de las hermanas y los hermanos pentecostales que he conocido de esta forma, tan sólo me resisto a idealizar a todo el movimiento pentecostal. Creo que siempre es tiempo de decir las “verdades” para corregirnos.

¹⁹ Pienso en un fragmento de su Dogmática eclesiástica (comenzada en 1932) que se tradujo al español hace años bajo el título: La revelación como abolición de la religión (1974).

de nuestros pueblos desde que Abya Yala pasó a ser continente colonizado) y lo que es actualmente la historia de otros pueblos y naciones, pareciera que no podemos sino afirmar que el ser humano es inventor de infiernos y pesadillas. A nombre de alguna “verdadera” humanidad, ha hecho del otro su feroz enemigo, convirtiéndolo en monstruo a quien se debe exterminar. El amor al prójimo se ha transformado en odio y asesinato. Quienes cometen genocidios hoy no son ateos, en su mayoría son cristianos, y de los más devotos.²⁰

Siendo en sus inicios una religión de las y los empobrecidos, marginados, despreciados, humillados, el pentecostalismo no puede sino desconfiar del ser humano y sus obras. Pues a nombre del ser humano (o de los humanismos en boga) muchas personas han sido perjudicadas. Pero la persona pentecostal es también un ser humano, sus obras, su fe, sus esperanzas son igualmente de humanos.

5. Lo viejo, lo nuevo y el completamente Otro

En el pensamiento pentecostal se reprueba al ser humano viejo, ese que está en la carne y en el pecado (Ro. 8: 7-8,13; Ga. 5: 19-21) que arrastra y lleva consigo la naturaleza caída de Adán. Este ser humano viejo está puesto como mal ejemplo en la Biblia²¹, es quien no ha nacido de nuevo y no ha sido regenerado; quien no vive una vida de santidad. A diferencia de él, el ser humano pentecostal, el “verdadero” cristiano, pues hay falsos, es una nueva criatura, limpiada, vaciada, de su antigua naturaleza pecadora y llenada de Cristo y del Espíritu.

Cristo vive en el ser humano que ha renunciado a sí mismo, es decir, a su viejo ser, y en Cristo ahora es una “nueva criatura”. Cristo es la expresión,

²⁰ Pablo en la carta a la iglesia de Roma cita el siguiente Salmo: “No hay justo ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos. (Ro. 3: 10-18)

²¹ Como en el caso del rey David o su hijo Salomón: David planea la muerte de su prójimo, del general Urías, para quedarse con su esposa (2 S. 11:1-12: 1-25); Salomón practicó la idolatría y ofreció sacrificios a dioses extranjeros traicionando así el pacto que tenía con Yahvé (1 R. 11:1-12).

¿la encarnación?, de una humanidad nueva y el ser humano expresión de Él.

El ser humano, conciente de su dimensión malévola, y apelando a su capacidad de creatividad y trascendencia, ¿se ha proyectado como Cristo, como un nuevo ser humano, como humano? Esto tal vez podría ser así para las personas no pentecostales que intentan explicar la religión cristiana con argumentos de la razón ilustrada, pero es inaceptable para una persona pentecostal.

Para las personas pentecostales, Cristo no es una proyección de un ser humano que ve en Cristo su propia humanización o plenificación, sino otra persona. Cristo es absolutamente otro o el otro en su totalidad (como lo plantea Karl Barth). Cristo nada tiene que ver con el ser humano, es alguien que vino desde más allá del ser humano, el Otro absoluto, alguien que interpela al ser humano desde un horizonte misterioso e inaccesible para los humanos. Sólo de este modo puede hacer del ser humano un ser humano completamente nuevo. Si fuera una proyección del mismo ser humano viejo, no podría renovarlo, puesto que sería el mismo ser caído proyectándose como Otro. Tiene que ser necesaria y completamente Otro, alguien que viene de lejos del mundo que (des)conocemos, alguien que nada tiene que ver con nosotros, totalmente distinto: como el viento que no se sabe de donde viene ni a dónde va y que nos enseña a nacer de nuevo (Jn. 3:8).

Es inescrutable la procedencia de ese completamente Otro. ¿De dónde viene?, no lo podemos saber, sólo se percibe su Presencia que llena, satisface, transforma. El ser humano es la casa de esa Presencia. Una Presencia que inspira un nuevo ser y un nuevo lenguaje (un lenguaje otro que las personas pentecostales buscan cuando “hablan en lenguas”).

“... jamás sin Dios”

La fe pentecostal dice que se da lugar al ser humano en Dios. Dios da lugar al ser humano. Jamás el ser humano sin Dios (esto sería humanismo). El ser humano es humano siempre y cuando se humille ante Dios.

De pronto una creencia así nos lleva a pensar que Dios puede vivir aunque no haya ser humano, es decir, ¿el humano es prescindible? ¿Dios vive aunque el mundo (que es obra humana) perezca? Como es completamente Otro, una Presencia que no tiene que ver con el ser humano, ¿puede vivir prescindiendo del ser humano y su mundo? Pienso que esa Presencia tiene razón de ser siempre y cuando sea percibida por el ser humano. Si no hay ser humano que lo glorifique ¿significará algo, para quién? La Presencia es Presencia porque

el ser humano la entiende o la siente como “presencia”. De todas maneras quien plantea la presencia de un completamente Otro (un Barth por ejemplo), ¿no es acaso un humano con bastante fe, creatividad, imaginación, esperanza y capacidad de poetizar y de concebir una “presencia”?²²

A veces pienso que el ser humano es tan creativo, imaginativo, o se ha sentido tan desesperado que ha producido la esperanza de una humanidad nueva y ha podido concebir con las fuerzas de su corazón y su mente que hay un “completamente Otro”.

Algunos poetas –como Octavio Paz– dicen que una nueva humanidad está latiendo en el corazón del mismo ser humano en quien se ha perdido la esperanza, ponen toda su confianza en el ser humano, creen que el completamente Otro es el mismo humano: un nuevo ser humano que está presente pero que a la vez es ausencia (una “presencia ausente”).

El ser humano ¿puede re-generarse absolutamente, nacer completamente de nuevo, del viento, del Espíritu? ¿Está en el mismo ser humano el poder para hacer esto? Teólogos- poetas como Rubem Alves dicen que el ser humano no está determinado ni por su pasado ni por su condición, tiene el futuro totalmente abierto y es libre para construirlo, incluso, a partir de la nada.²³ El ser humano es misterioso, su coraje, poder, creatividad no tienen

²² Tengo que dejar en claro que la capacidad de poetizar no es algo trivial ni irracional, algo meramente subjetivista e irresponsable, sino otra manera de ver el mundo y al mismo ser humano, un retorno al origen del mundo y del humano, una percepción del fundamento de nuestra realidad que le da sentido y valor. Es un deseo de retornar al corazón humano, una búsqueda de libertad y amor.

Teólogos de renombre como Hans Küng oponen la verdad poética a la verdad científica, diciendo que la teología no es verdad poética, sino ciencia. Y la ciencia para él una actividad seria, que responde al criterio de hallar, no importando el costo, la verdad entera y plena (H. Küng, *Ser cristiano*. Valladolid: Trotta, 1974, 1996, 86-87). Küng no percibe que este mismo criterio ya está presente en la poesía, tanto la poesía como la ciencia tienen como preocupación última el deseo y la pasión humana por la verdad, el mundo y los seres que lo habitan: el ser humano quiere hacer del mundo un mundo que le corresponda, en el que pueda ser feliz y libre. ¿No está este deseo en el fondo de la ciencia? Una de las más acabadas reflexiones sobre el significado de la poesía y la capacidad poética del humano, se puede leer en el libro *La casa de la presencia. Poesía e historia* (1999) escrito por Octavio Paz.

²³ Alves lo propuso hace tiempo en sus libros *Cristianismo ¿opio o liberación?* Salamanca: Sígueme, 1973; y en el citado *Hijos del mañana*. Salamanca: Sígueme, 1975, 82: “No está el hombre

límites. Poetas que piensan así son humanistas, creen de todo corazón en el ser humano a pesar de los humanismos, por eso hacen depender la salvación del mismo ser humano. Para ellos, lo más sagrado es el ser humano. ¿Dios es sagrado porque el ser humano lo es?

Sean cristianos o humanistas, hayan o no aceptado a Cristo como “salvador”, las personas sueñan con un mundo diferente: con una nueva tierra. Anhelan mejores condiciones para vivir; trabajan y luchan por su liberación. Así, tienen esperanza a pesar de todo. Las personas pentecostales están entre ellas. Su fe y práctica o su fe práctica es esperanzadora. Y no sólo esperanzadora, sino que impulsa a no conformarse con lo dado. Los humanistas tienen esperanza en el ser humano para alcanzar un mundo otro, los pentecostales en Dios y su reino. Pero el beneficiario al final es el mismo ser humano.

El Reino viene a ser como una idea regulativa, un punto de vista crítico. Muestra lo que el ser humano debería ser. Quien mira al Reino siempre se decepciona de las prácticas políticas y socioeconómicas que existen, porque el Reino siempre es mejor que cualquier sociedad. El Reino es, entre otras cosas, una imaginación trascendental, una utopía. Sus secularizaciones e intentos de llevarlo a cabo apelando, por ejemplo, a la racionalidad medio y fin, a la técnica o a la sola razón, han resultado catastróficas: como lo es aquello que hoy se ofrece con la democracia liberal y el mercado capitalista. Creo que hay esta imaginación trascendental en las personas pentecostales. Una utopía, el deseo ferviente de algo superior y mejor. Más allá de la historia y del tiempo: ¿algo “metahistórico”, como la que concebían, a su modo y por razones distintas, comunistas, humanistas y como la que conciben quienes

necesariamente condenado a continuar hasta sus últimas e insensatas consecuencias los errores que han cometido sus antecesores. No hay nada, absolutamente nada, que asegure que la organización actual de la vida deba ser fatal. Experimentos nuevos, son posibles nuevos intentos. La vida puede empezar de nuevo.” En Cristianismo ¿opio o liberación?, 113: escribe: “El humanismo político considera el futuro como el horizonte de posibilidades, o sea, abierto, para ser llenado por la acción de la libertad procurada a la historia por la acción. Así crea el hombre el futuro, que nunca está determinado. Esta es la razón por la que la acción es tan importante para la humanización, porque no hay nada de lo que aguarda al hombre que no tenga que llevar la marca de su acción.” Alves apuesta por el “humanismo político”, es decir, por el ser humano, pues para él no hay verdad más alta que la humana. Alves confía en el poder creador del ser humano para la transformación de la sociedad.

defienden el libre mercado hoy? Aunque las y los pentecostales no hablan mucho del Reino, hablan de “una vida eterna con Dios, de gozo y bendición”. Es una vida eterna cuya primera etapa es la vida en esta tierra.²⁴ “Vivimos aquí pero nos somos de aquí, estamos en el mundo pero no somos del mundo” (Jn. 8:23; 15:19; 17:11, 14-15).

La mirada de quienes asumen la fe pentecostal está siempre puesta en el más allá, más allá de todo, de la sociedad, del sistema económico, político que produce injusticia. ¿Explica esto esa aparente “apoliticidad” de varios grupos pentecostales, la indiferencia en relación con proyectos de cambio en este mundo? Quieren el cambio y trabajan en ello, pero rechazan toda praxis política que no ponga como justificación suprema y como centro a Dios, “jamás sin Dios”. ¿El ser humano no está acaso implícito en todo esto? ¿Es el muñeco feo que hay que ocultar? ¿No vuelve el ser humano aquí cubierto de Dios? La concepción del ser humano como “poca cosa” ¿será un pre-anuncio de un ser humano nuevo, de la gran humanidad? ¿Dios crece acaso a expensas del ser humano, se engrandece cuanto más pequeño somos nosotros?

La frase que se escucha de los hermanos y hermanas: “para mí sea la misericordia y para Dios la honra y la gloria” ¿refleja una relación humillante para el ser humano, o se trata más bien de la resurrección del ser humano en Dios? El “sólo en Dios hay salvación” ¿qué significa para un contexto, como el que tenemos en América Latina y el Caribe caracterizado por la miseria humana: por la marginación, la violencia, la corrupción o la

²⁴ En lo personal, a veces me asusta la vida eterna pentecostal, me imagino estar eternamente dando la gloria a Dios, alabándole día a día y por los siglos de los siglos. Siento que de ese modo no podría vivir mi propia vida, que perdería mi autonomía y mi libertad. Para siempre y jamás sin libertad y sin vida propia. Escuchaba la idea de la vida eterna cuando niño y me imaginaba sentado o parado, como cuando estaba en medio del culto, alabando a un ser terriblemente luminoso y enorme, incommovible y esperando siempre recibir nuestra glorificación. Por alguna razón esta imagen no me producía alegría ni tranquilidad, sino impaciencia y temor. En fin, me asusta no sólo el hecho de que pueda vivir eternamente, puesto que la sentiría como una condena infernal, sino que esa vida sea un eterno “servicio”, un culto sin fin, sea vivir para otro, para ese Dios que espera todo, absolutamente todo de nosotros, olvidándose de mí mismo. Me perdería para siempre en la inmensidad de ese otro egoísta, ya no sería yo. Esto último es algo parecido a una segunda muerte. ¿Cómo podemos interpretar a este Dios tremendo, luminoso, majestuoso, todopoderoso que imaginan las personas pentecostales sin caer en el terror y la fascinación alienantes?

pobreza espiritual-material? Parece que la fe pentecostal rechaza imitar los humanismos degenerados y apela “sólo a Dios”. La honra y la gloria, como dice el salmista, es para el ser humano, de tal forma ¿se puede decir que entre más gloria tenga el ser humano más aumenta la gloria de Dios?

Conclusión

Algunos proyectos de la modernidad acudieron de manera explícita a las fuerzas sólo humanas para salvar al ser humano. Tal vez fueron odiosamente explícitos. Desde un punto de vista de la razón, la sola razón (la del Iluminismo), erigida como un nuevo fetiche, no basta. No se trata de la sola razón, pues el ser humano tiene corazón, por eso el ser humano no sólo se salva con su razón sino con su pasión. La razón quiso humillar la pasión y humilló al ser humano. Pasión y razón son las fuerzas de la revolución (hablo de la pasión puesto que entiendo que no hay religión sin pasión).

En el caso de empoderamiento pentecostal, es el ser humano quien se reivindica apelando a Dios. Pero esto es implícito, es lo que sucede en el fondo. Al final ¿será esto lo que hace atractivas la práctica comunitaria y la fe en las iglesias pentecostales? ¿Está aquí el impulso para el proselitismo pentecostal?

Es difícil decir algo conclusivo sobre el tema que propuse (hice apenas apuntes de trabajo). Antes que concluir afirmo mi posición. El ser humano es carencia, falta, incompletud, congoja, finitud, infortunio y cosas semejantes. A la vez, en él abundan la esperanza, el amor, la gracia, el poder para transformar el mundo y a sí mismo; en este sentido, es coraje de ser e infinitud.²⁵ Conciente de su carencia o pobreza espiritual recurre a Dios, que es la forma que encuentra para humanizarse. Pero también se siente un Dios, y creo que de hecho lo es (lo dice el salmista: “Yo dije: Vosotros sois dioses” y lo refrenda Jesús en Jn. 10:34). Por ello, se puede afirmar que el ser humano está por encima, como Dios, de cualquier ley, está por encima de cualquier institución, de cualquier sociedad, “el ser supremo para el ser humano es el ser humano” dice Franz Hinkelammert siguiendo a Marx, y le doy la razón recordando las enseñanzas de Jesús en los evangelios. Dios se hizo un ser humano y el ser humano Dios. Y para ello no necesita una ley o

²⁵ P. Tillich, Teología sistemática. Vol I. La razón y la revelación, el ser y Dios. Barcelona: Ediciones Ariel, 1972.

una legitimación externa, se hace Dios en tanto sujeto.

Cuando la persona pentecostal dice “para mí la misericordia”, está reconociendo su miserabilidad en cuanto humano humillado, pero en la frase siguiente se afirma como sujeto: “para Dios la honra y la gloria”. A mayor honra y gloria de Dios, mayor honra y gloria para el ser humano. Repito: de no ser así la fe pentecostal sería humillante para el ser humano. Y aquí nadie es primero ni segundo, la honra y la gloria es, al mismo tiempo, para Dios como para el ser humano.